

**HISTORIA
URGENTE**

Aída



Aída Bogo de Sarti en conversación con Virginia Giannoni

Aída

**Aída Bogo de Sarti en conversación
con Virginia Giannoni**





Bogo de Sarti, Aída

Aída. Aída Bogo de Sarti en conversación con Virginia Giannoni / Aída Bogo de Sarti; Virginia Giannoni. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2019.
192 p.; 20 x 14 cm. - (Historia Urgente; 74)

ISBN 978-987-8303-12-3

1. Biografía. 2. Literatura Testimonial. 3. Derechos Humanos. I. Giannoni, Virginia. II. Título.
CDD 920.72

Edición: Constanza Brunet

Coordinación: Florencia Jibaja Alvarez

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Fotografía de tapa: Jose Nico

Imágenes del interior: Mónica Hasenberg, Javier Salerno, Jose Nico,
Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora y archivo familiar.

© 2019 Aída Bogo de Sarti y Virginia Giannoni

© 2019 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-12-3

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

*A mis hijas Juana y Carmen,
a mis hermanas María, Clara y Ana,
y a mi mamá, Ita.*

VIRGINIA GIANNONI

PRÓLOGO

¡HOLA, amiga! Así me recibía Aída cuando iba a verla a la casa de Madres. Nos conocimos hace diecisete años, cuando fui por primera vez, en medio de una investigación para una muestra. Me tomó años entender lo mucho que me enseñó, lo mucho que ella y sus compañeras hicieron por mí en aquel momento. Me enseñaron nada menos que a entregarme al amor. Yo no tenía idea de lo que era eso, estaba blindada y convencida de que no era posible. Sabía, de hecho, nadar en las aguas dañinas del cinismo. Con Aída y sus compañeras aprendí a escuchar, a hacer silencio y lugar para otra, y a perder el miedo a mi propia fragilidad. La contundencia del amor puesto en acto que practican las Viejas conmueve los cimientos de cualquier construcción. Todo se cae, chorrea blando ante esa certeza.

Desde entonces formamos parte cada una de la vida de la otra. Yo la visité tardes enteras y ella vino mucho a mi casa, a mis cumpleaños y a los de mis hijas, escuchando y comprendiendo todo, como una maquinaria sensible que conmueve a su paso. Y devuelve ternura, y teje trama. Aída se convirtió en parte de mis certezas familiares. Y por eso este libro no está hecho por periodistxs o escritorstx: está hecho por mí, bajo su lectura atenta. Hay muchas cosas que están en el aire todo el tiempo, a pesar de no ser nombradas.

Habrá que entregarse a esa especie de caos que supone la oralidad, que también está hecha de silencios, de sobreentendidos, de gestos. Y en medio de eso, a mis desaciertos u omisiones.

En aquel primer momento, Aída y todas ellas acompañaron la muestra que mont  (*Poesía diaria, porque el silencio es mortal*, Centro Cultural San Martín, 2003 e itinerancias, junto con Ana Giannoni. Libro de Retina Editores), y fueron a leer en la inauguración escritos de “los chicos”, varios inéditos. Para mí era un bochorno de amor, era demasiado. Me costó muchísimo sostener ese momento y todas las cosas que fueron abriéndose y sucediendo a partir de ese trabajo.

Desde entonces seg  siempre cerca de ellas, y unos años más tarde nos pidieron (a mí y a mi hermana Ana, que colaboraba para entonces en el archivo de Madres) que las ayud ramos a escribir un libro sobre su historia,  nada menos! Una vez más, se ocuparon de aclarar que no les interesaba la cuestión formal o de oficio, que preferían conversar con amigas, en confianza. Aída se puso al hombro el proyecto y gracias a eso nos abrieron la puerta de su casa casi treinta Madres, y cada entrevista fue apenas un momento de la visita, la excusa para el encuentro. Fue una de las cosas más difíciles y hermosas que me tocó hacer, y les agradezco para siempre. Ojalá haya estado a la altura. *Las viejas* fue publicado por Marea en 2015.

Con el tiempo, mi propio camino de militancia se hizo posible solo a partir de aquel aprendizaje.

Aída se desmarca de lo individual, renueva una y otra vez ese ejercicio. Apuesta a la confianza política, y así habita ese animal colectivo que son las Madres cuando están juntas. Confía en su instinto, piensa con las tripas. Sabe con el cuerpo que lo personal es político.

Entramada con sus amigas de la vida o sus compañeras –en los talleres de costura de la casa Marilú, y en el colectivo de Madres de Plaza Mayo Línea Fundadora–, Aída puso en práctica una versión del mejor feminismo materialista: el de la vida puesta en tensión, y en la entrega, mucho más allá del yo. Ella narra su historia y, desde la teta de su abuela y la vendimia en la aldea de España, es el mejor ensayo de una forma de vida colectiva como la que todas hoy soñamos. Autonomía feminista siempre atenta a la respiración común, y a saberse parte de la naturaleza.

Aída habla de las rondas que sostienen las Madres los jueves en Plaza de Mayo desde hace más de cuarenta años y dice “rondamos”, y el suyo es un feminismo gutural, el de su jauría del amor político, esa manada al acecho que forma con sus compañeras.

Aída cumplió noventa años hace pocos días y es una alegría terminar juntas este libro. Su Monte Grande, donde vive hace años, la está cuidando como quien sabe lo que vale, y se armó una celebración en uno de los galpones cerca de la estación. Estuvieron lxs pibxs adolescentes de la escuela de danza y una banda de tamborxs del barrio, hubo una muestra de fotos que contaba su historia con mucho cariño y orgullo, y fueron varias de sus compañeras, que llegaron juntas

desde “el centro”. No hizo falta ponderar de más, dar discursos, ni hacer listas de ocasión, y todas coincidieron en que había sido uno de los homenajes más hermosos a los que habían ido. Y es que con Aída no hay modo de sostener escenas que no sean verdaderas. Lxs pibxs bailaron en un diálogo de miradas con las Madres que nos tuvo a todxs sosteniendo el silencio, entre lágrimas que sumaban capas de sentido por lxs que no están, estando, y por un futuro posible solo a partir de ese puente. Los músicos tocaron una fiesta de tamborxs callejerxs y se hizo espacio para los abrazos. Fue uno de esos momentos sin tiempo y sin orden, un estallido de encuentro y duelo colectivo, un pacto instantáneo y duradero de amistad política.

Este libro recrea la escena de la conversación como escenario donde se tramitan las cuestiones comunes (las comunes por sencillas, pero también por colectivas), una escena caótica y visceral donde todo está siempre mezclado, como en la vida. Por eso no es intención narrar La historia, ni siquiera Una historia. Son apenas recuerdos, conversaciones que podrían ocurrir hoy, hace treinta años, o dentro de diez; iluminaciones de escenas que se aferran a la memoria, y algunas fotos.

–VIRGINIA GIANNONI

Aída



Lo que voy a contar es un poco un culebrón. Yo nací en junio de 1929. Me llamo Aída Bogo de Sarti, y soy argentina. Nací en el Hospital Rawson, en Capital Federal. De todas maneras soy una inmigrante, porque a los nueve meses me llevaron a España y me trajeron de vuelta recién a los ocho años. Mi mamá se vino a vivir acá con dos de sus hermanos, y quedaron seis en España. Ella entró a trabajar en el manicomio de mujeres de Barracas, fue de los primeros trabajos que tuvo. Era un grupo grande de parientes y amigos que se habían venido juntos. Todos dormían en las mismas piezas.

Mi mamá se llamaba Emilia Rodríguez y como toda la inmigración de ese momento, se consiguió por un conocido un trabajo como servidora en una casa rica: la de los Otamendi. Ahí trabajaba junto con Manuela, que era cocinera y estaba por casarse con Emilio. Mi mamá era la que lavaba a mano todo, y planchaba. Estaba de novia con Vicente, y las dos estaban preparando los ajuares para casarse. Todos españoles, todos gallegos. Mi mamá contaba que me pusieron el nombre de Aída por la “niña” mayor de esa casa. Ella había dicho que si yo nacía el 24 de junio me ponían Juana, y si nacía el 25, Aída, como una amiga de ella. ¡Y Aída es italiano! Pero así eran las cosas en ese momento para nosotros.

Mi papá Vicente tenía una vinería en la calle 15 de Noviembre, cerca de Constitución, en sociedad con una hermana de mi mamá y un cuñado. Cuando yo tenía muy poquitos meses, él se cayó al sótano y se golpeó la cabeza. Tuvo una conmoción cerebral. Fue al hospital Rawson, pero estaba grave y le dijeron que tenía que irse a España, que el aire le iba a hacer muy bien. Todos le echaban la culpa al aire en ese momento. Como con Córdoba, que ante cualquier cosa que te pasaba todos decían vayan a Córdoba que el aire les va a hacer bien. La cosa es que mi papá se había puesto muy loco, y nos fuimos todos a Vigo en barco. A él lo tuvieron que tener atado, me contaron después. Yo tenía nueve meses y medio.

Llegamos a España y fuimos a la casa de mi abuela. Mi papá a los dos meses se murió de cáncer, aunque en ese momento a mí no me dieron muchas explicaciones. Mi mamá se vino para Buenos Aires, volvió para acá para arreglar lo que había quedado: el negocio que habían puesto con su hermana y su cuñado, y que era puras deudas. Y yo me quedé allá, viviendo con ellos.

Mi abuela tuvo nueve hijos: tres se habían venido para acá y seis se quedaron allá. Así que te imaginas, para esos tíos yo era como una joya. ¡Lo que me mimaban! La casa donde vivíamos era de un conde que tenía olivares, y toda la familia trabajaba para eso: para los olivos y los viñedos. Para el conde.



A mí me encantaba esa casa. Todo era de piedra. Había que subir una escalera enorme para llegar a la cocina, y en el medio, el fuego –el pote, que le llamaban así– para cocinar todo lo que se hacía. Y alrededor de la pared había como un banco largo de piedra, y nos acomodábamos todos, nos sentábamos ahí. A veces cuando hacía frío nos poníamos en el suelo, más cerca del fuego.

De la pared para afuera, en la medianera, como si fuera un balcón, estaba el retrete. Así, al aire. Todo caía para abajo, al terreno que hubiera, donde estaban los chanchos y las burricas. La bacinilla, que era la escupidera, la llevaban para hacer pis y después la tiraban también ahí.

Había una galería que seguía hasta el comedor. Ahí en ese lugar velaron a mi abuelo, yo lo conocí de muerto. Él se había ido a Cuba, como tantos gallegos, hay un centro gallego allá y todo. Y ahí, subiendo la escalera que había, estaban las piezas donde dormía la gente que trabajaba para los señores.

Tengo el recuerdo de que me pusieron una escalerita para que pudiera subirme sola a la cama de mi abuela, que era muy alta, de esas de paja. Yo le chupaba la teta, aunque ¡obviamente no saldría nada! Eso fue hasta mis dos años más o menos, era su manera de que yo no sintiera tanto la falta de mi vieja. Después ella se ponía grasa de chanco o aceite de oliva, porque seguramente la lastimaba.

Mi mamá me mandaba desde Buenos Aires la ropita hecha, y la familia le contaba por carta cómo andaba yo, las cosas que hacía, y le mandaba fotos. En una yo estaba con un vestidito muy lindo, un moño y un perro ficticio ahí puesto. Yo no entendía qué sentido tenía ese perro ahí, me daba impresión. Tampoco entendía la escena de la foto, porque a mí no me contaban nada. Todo esto lo sé por mi tía Nieves.



Yo era la más chica, y tenía muchísimos primos. Una prima todavía me decía hace poco: “¡Te teníamos una bronca, nenita! –porque a mí me llamaban nenita– ¡Todo para vos era!”. En ese momento era la consentida, porque como no tenía mamá ni papá mis abuelos y mis tíos me mimaban mucho.

Un día fuimos a cuidar las ovejas al monte –mis primos, mis primas, todos–, y cuando llegó la noche ellos se fueron y me dejaron ahí sola con uno de los perros, que se quedó conmigo. Siempre hablaban del peligro de los lobos en el bosque cuando se juntaban alrededor del fuego y se escuchaban los aullidos. Yo no sé el tiempo que estuve ahí, pero recuerdo ver las antorchas de mis tíos que salieron a buscarme. Todo el pueblo salió a buscarme, y el perro seguía ahí al lado mío. Debía tener seis años más o menos.

Cuando se juntaban todos cocinaban pulpo, y hacían la empanada esa grandota. Mi abuela la ponía en una tela, hacía un nudo y la llevaba así cargándola.

Se comía mucho chanco, y el día que los mataban con la sangre hacían las fillogas, que son como los panqueques, y se envuelven. Y en el medio de la mesa siempre un pote con los garbanzos, los porotos. El pueblo tenía más o menos cinco casas vecinas y compartían los chanchos cuando los cuarteaban, cuando hacían los chorizos y faenaban. Todo era rescatable, cocinaban muchas cosas esos días, todo para guardar. Eran chanchos enormes, grandes como una vaca.

La tierra allá es muy buena. Vos ahí ves como cataratas, chiquititas, chiquititas, como si fuera una canilla abierta que va barriendo todo así. Y después la ría, que va por el costado. Mis tíos siempre estaban haciendo el trabajo de la huerta, eso era como un campo grandísimo. Había una calle de piedra, y yo jugaba con las lagartijas y al costado pasaban las rías. El agua bajaba de la montaña y venía por ahí nítida, clarita clarita, con una fuerza impresionante.

Había alcachofa, que es como un alcaucil enorme. Yo acá nunca vi que esa planta se pusiera así de grande. Y mucho pescado había, y calamares. Lo que yo comía era la empanada, el pulpo y el bacalao. Y la papa, mucha papa. Íbamos a la feria y andaba por ahí con mi abuela y mis tíos. Se vendía lo que faenaban con la matanza de los chanchos.

Y cuando era la época se pisaba la uva para el vino así sin nada, con las patas nomás. Yo estaba embelesada mirando a mis tías y a mis tíos que pisoteaban las uvas. ¡Unas uvas...! No te miento: enormes. Y las guindas, y las cerezas, que es un árbol flaquito, alto, alto, para allá arriba. Una vez quise agarrarme una cereza y un perro me mordió, pero enseguida me lo sacaron de encima. Vaya a saber qué habrá querido decir ese perro, yo me quedé pensando un tiempo en eso, me daba vueltas en la cabeza. Se habrá asustado.

Un día durante la vendimia me caí a una ría. Era la época en que cosechaban las uvas para hacer el vino del conde. Yo tenía una olla con una manga de cobre, muy pesada, y me caí por el peso. El agua era tan transparente que se veían las ratas que se metían en las cuevas. Todo se veía. Eso lo tengo grabado, tan transparente todo. Yo no reaccionaba, y ellos se tiraron para sacarme. No tenía miedo, pero me había quedado impresionada con esa transparencia.



Una vez estuve muy muy enferma. Me vino el sarampión y ahí no había médico. Mi abuela me envolvió con grasa de chanco y papel de estraza, y bien abrigada me llevaron a la mitad de la montaña. La montaña, mirá vos qué cosa. Es que decían que el aire de la noche... ellas decían que era sano, que me podría curar. Y allá a las montañas se fueron todos mis tíos a llevarme. No sé cuánto tiempo estuve ahí, todavía tengo marcas de eso. Me embadurnaron toda y me llevaron allá. Y bueno, qué se yo, me curé. No me morí, bah, acá estoy.

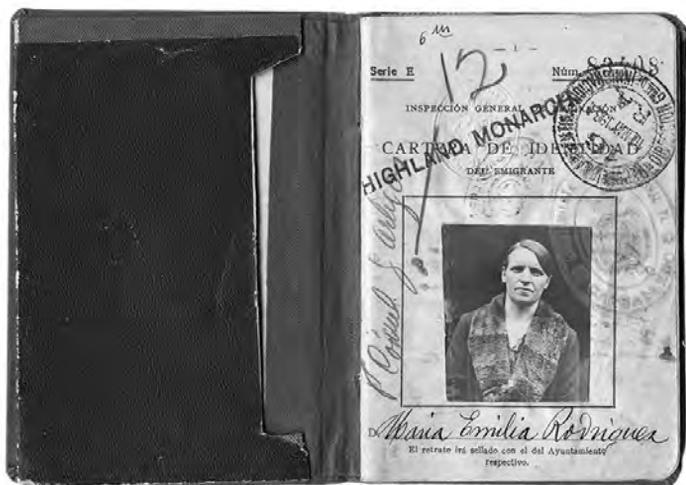
Cuando iban de farra se emborrachaban todos, porque se emborrachaba el sacristán y el cura también. Y después había que ir a la primera misa, que era a las seis de la mañana, así que tenían que correr para llegar temprano a abrir la iglesia y preparar todo porque ya estaban la María, la Ramona, todas esperando en la puerta.

Después te voy a mostrar la foto del alambique, esa que saqué en el 99 cuando fuimos con Julio [Sarti, su marido y el papá de sus hijas]. Porque todavía se sigue haciendo el aguardiente así como en aquellas épocas.

Yo siempre jugaba con las lagartijas, me encantaban. Una vez se me murió una y como lloré tanto mis tíos me hicieron un cajoncito chiquitito y la enterramos entre todos. Le pusimos flores, le armamos una tumbita ahí.

Hace unos años viajé a visitar el lugar, y lo primero que vi fue el cementerio. Me contaron que ahora tienen problemas con los vecinos porque los cementerios de los otros pueblos están repletos, y no alcanza el lugar para enterrarlos a todos. Los de la aldea se enojan porque no quieren que les traigan muertos de otros lados.

Un día cuando ya ella estaba por venir, me dijeron: “Va a venir mamá de Buenos Aires”. Siempre lo recuerdo: mamá de Buenos Aires.



Mi mamá me fue a buscar a los ocho años porque el cura del pueblo le había dicho que se venía la Guerra Civil.

A mí no me llevaron al barco en el momento en que ella bajaba. La vi cuando llegó a la casa. Yo estaba arriba de la escalera; yo vivía ahí, me encantaba ese lugar. Y fueron los abrazos y los besos por parte de mi mamá, porque yo empecé a llorar. Por parte mía era llorar porque no la conocía, no entendía lo que estaba pasando y nadie me lo había explicado. Ella se enojó y se fue con mi abuela a lo de otro pariente; yo quedé con mi tío Serafín, que me agarró en los brazos y trataba de distraerme para que dejara de llorar. Yo estaba muy dolida. Antes de eso nadie me había dicho que tenía una mamá. Estuve llorando en esa escalera de piedra hasta que me quedé dormida.

Nos quedamos allá unos meses y después nos vinimos para Buenos Aires. A mi tío Serafín, que me quería muchísimo, no le habían dicho que me iba a ir. Cuando lo supo fue corriendo a despedirme, llegó corriendo desesperado. Estaban todos mis tíos, todos. Mi tía Nieves me golpeó de tanto besarme contra la puerta de la bañadera (que es una especie de micro), y yo lloraba. Y ella me decía que el barco se iba a hundir, y yo más lloraba.



Era un barco alemán, esto fue en el año 36. Salimos, y primero llegamos a Portugal. Ahí dejamos las cosas, y con mi mamá fuimos caminando por un sector del puerto. Llegamos a una calle toda pedregosa y empinada. Tétrica, oscura. Y eran todas casas así, todas como si fueran cajones. Todo cuadrado parecía. Yo iba caminando con Odila, una prima que mi mamá también trajo de allá, que era un poquito más chica. Nos paramos en una casa y mi mamá golpeó la puerta. Salió una mujer con un vestido negro y un pañuelo negro en la cabeza atado así, atrás, con un muchacho que también tenía unos pantalones negros rayados. Mi mamá no me lo dijo nunca, pero esa era mi abuela, la madre de mi papá. La mujer le dijo: “¿Por qué no me la dejás a la nena?”. “No, no, si yo la vine a buscar para llevarla conmigo”, decía mi mamá. “¡Deishemelá, deishemelá!”, decía mi abuela. Y mi mamá que no, que no. Mi abuela hizo como que me abrazó y yo empecé a llorar, porque no entendía. No sé por qué lloraba, todavía no me doy cuenta de por qué lloraba. ¿Lloraría porque me había abrazado demasiado fuerte y me estaba lastimando, lloraría porque me estaba enterando de que mi papá se había muerto, o porque mi mamá no me lo había dicho, y mi abuela tampoco? En ese momento no entendí nada de eso que pasó ahí. Yo iba llorando, y Odila también. Volvimos al barco, y ese día no quise comer. Ahora, de grande recién, voy uniendo las puntas de todo. El apellido Bogo no es gallego, ni italiano. Es portugués.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

